
FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit....

No señor ; si he de hablar del *arreglo del clero*, no debo poner, ni nombrar siquiera cosa de cánones ni concilios; así ha hecho la comision, y ha hecho perfectamente, porque sería una imprudencia nombrar la soga en casa del ahorcado: ¿Y qué falta hacen los concilios para reformar y arreglar el clero de España? Tampoco debo poner epígrafe ninguno; estas cosas conviene tratarlas *ex abrupto* y de golpe y porrazo: sin escrúpulos, ni melindres; las cosas cuanto mas se piensan, mas se suelen errar; me acuerdo mucho de aquel célebre pintor, que se volvía loco por figurar en

un cuadro la espuma de un caballo; nunca acertaba, probaba mil medios, y ninguno le salía bien; hasta que un día ya enfadado, arrojó el pincel sobre el cuadro, miró, y se halló con que había quedado perfectamente figurada la espuma. Las casualidades lo hacen todo.

Digo que he visto los dos proyectos de ley sobre la materia, el de la mayoría y el de la minoría. Por de pronto éste lleva á aquel la ventaja de concluir con un *artículo adicional*, que es el fuerte para todo lo que consta de artículos. Pero el de la mayoría escede á este en ser de *mas rompe y rasga*. La minoría estaba por dejar *al tiempo* el arreglo personal, y por reformar edificando, ó á lo menos sin destruir: ¡antiguallas! La mayoría no gasta tanta flema y en verdad, á la ocasion la pintan calva, y agosto y vendimia no es cada dia. Que dejen pasar esta guerra, y estás Córtes, y á ver cómo se hacen las reformas con algun tino? *Ahora, ahora*; yo estoy porque todo se haga *ahora, ahora mismo*. ¿Qué mejor ocasion? Las pasiones están adormecidas; cosas de interés que nos puedan llamar la atencion, no hay: los descontentos (si alguno es capaz de estarlo) no tienen donde ir que puedan hacer daño; en fin, por todas razones no debe pasar de *ahora*. Señor... señor...? Mi amo...?—Déjame ahora en paz, Tirabeque, que voy á arreglar el clero en un instante.—Pues señor, entonces llego á tiempo para ayudarle á V.—Hombre, esto no

debía ser cosa de legos, pero en fin.... atendida tu instruccion poco comun, y tus buenas intenciones, de algo me podrás servir.—Aguarde V. señor, ¿no dice ese librito que V. tiene abierto ahí, *proyecto de ley sobre reforma y arreglo del clero?*—Sí.—Pues entonces ¿para qué se ha de romper V. la cabeza con un trabajo que está ya hecho? Quién le hizo?—Una comision de las Córtes: ahora le presenta á las mismas para su aprobacion.—Pues cátele V. aprobado, porque conozeo á las Córtes como si las hubiese parido; nada, nada, no se moleste V. en hacer otro nuevo; porque no le ha de servir; V. dé capilladas sobre ese mismo, que no faltará que ofrecer á Dios; hé? señor?—Hablas como un senador, Tirabeque; me hace fuerza tu reflexion; y vamos á hacer una breve y sumaria paráfrasis (mira qué término tan elegante, hombre!), así por alto, de su contenido. Mira; trae una de esas capillas grandes.—Aqui la tiene V. ¿Qué hay que meter en ella?—Irémos echando los cesantes. Ahí van nueve obispos que nos sobran.—Señor, esos serán los que están con D. Carlos.—No son esos precisamente, sino que se suprimen varias catedrales que no hacen falta.... echa ahí nueve catedrales...—Señor, ¿V. está loco? ¿cómo han de caber aquí las nueve catedrales?—Quiero decir que vayas llevando cuenta de ellas. Traslada esas otras cinco á otros pueblos en donde han de quedar, y empieza por llevar la de Toledo á Madrid.—Señor, si V. es capaz

de arrancarla de su sitio, yo me ofrezco despues á llevarla.—No has de ser tan material, simple. Vamos continuando con los cesantes: echa ahí todos los canónigos de todas las colegiatas.—Señor, aunque traiga todas las capillas hechas y por hacer, es imposible que quepan.—Los pones en número, tonto. Allá van.... abre bien, allá van todos los canónigos que pasan de diez en las catedrales ordinarias y de doce en las finas. Ahí van unos cuantos miles de clérigos que sobran para las necesidades espirituales de los fieles. Y acabas de embutir la capilla con una horrorosa granizada de capellanes, beneficiados, racioneros, &c. &c. &c., todos de la clase de cesantes. Ahora te llevas esa capilla que ya estará bien atestada, y traes una filarmónica.—¿Una qué?—Una capilla filarmónica.—No la hallo, señor; ¿cómo dice V. que ha de ser?—Trae cualquiera: buena es esa. Vamos, echa ahí este rimero de músicos, de viento y cuerda; ahí va la parte vocal; toma ese centenar de cantores; coloca como puedas esos organistas, y deja un huequecillo para los niños de coro, y algunos acólicos que nos sobran, segun un artículo que estoy viendo. Esa capilla ponla aparte que tiene que darnos buenos ratos. Trae una de esas inmediatas, que son las mas fuertes que creo tenemos.—¿Tan fuerte necesita ser?—Si, porque tiene que llevar muchos arañazos....—Mire V. que se me figura que puede haber anidado en ella algun raton....—Mejor; verás que listos salen, y no

nos pára uno en casa ni en el barrio: acomódamé ahí esa riolada de notarios mayores y menores, procuradores, receptores, empleados en las oficinas de cabildo; en fin, enciérrame en esa capilla toda la gatomaquia eclesiástica; sujétalos bien y mira no te rasguñen.—Corriente.—Ahora trae una ó dos capillitas de esas finas y bonitillas, que tienes que emplearlas para la clase de cesantes mas distinguida y digna de atención que aquí resulta. Vamos, mira como pones con cuidado las amas de los canónigos y los curas.—Señor, esas déjemelas V. de mi cuenta, que yo me compondré con ellas: traiga V., traiga V.—Hombre, á ti ya te parece que las tienes entre las uñas. ¿Crees que, aunque cesantes, se han de desprender de ellas sus amos? ¿Tan ingratos les haces, hombre lego, tan ingratos les haces?—Pues dígame V., señor, ¿les queda renta todavía para mantenerlas? ¿Qué renta les señala ese arreglo, señor?—Mira, hoy no se puede tratar todo. Lo que te digo es que las pongas con cuidado, que puede ser que alguna que quede desacomodada me venga á mi bien en lugar de lego.—Esto se lo dije en broma á Tirabeque, pero él me creyó, y se echó á llorar. Dejémosle llorando, que me llaman otras obligaciones y materias.

INDULGEO, INDULGES, INDULGÈRE,
INDULSI, INDULTUM.

Está visto: este verbo nos tiene que perder: la manía de prodigar *indulgencias* acarrió á la iglesia Católica mas calamidades que todas las guerras y persecuciones de sus enemigos: si viviera Lutero no me dejaría mentir. La manía de coacer *indultos* ha hecho mas daño á los liberales que todas las barrabasadas de los facciosos. Y vuelta y dale, y erre que erre. Medio año se han estado los indultados de Galicia comiendo el fruto de sus rapiñas con toda paz y sosiego, medio año se han llevado observando á mansalva las operaciones de los nacionales, medio año han paseado á su gusto y antojo las calles de Santiago con el mas descarado orgullo, y cuando parecía que se iba esterminando esa canalla de Galicia, étele que se aparecen cuatrocientos ó quinientos á la media legua de Santiago, que asesinan bárbaramente la mitad de una pequeña columna del provincial de Monterey, y que pagan su *indulto* anterior con acribillar á cuchilladas á cuantos alcanza su bárbaro brazo. Ministros, indultad; generales, indultad; militares y políticos, indultad; y despues que vuestros indulta-

dos se hayan cansado de la monotonía de la paz, y hayan vuelto á campaña, salid vosotros en persona á destruir sus gavillas, y á evitar sus tropelías: ¿quién como vosotros? ¿Qué miedo les podeis tener? Ellos os indultarán en correspondencia de vuestra generosidad é indulgencia. Y si os sacrifican como á los de Monterey, ¿qué importa? ¿No es hermoso perecer con la satisfaccion de decir: «estos son los mismos que indulté?» Pasaron los tiempos en que se iban á las facciones por inocencia, por sencillez, por seduccion: ya todo el mundo sabe lo que es ser faccioso; pero no importa, sigan los indultos; pero no importa, seamos vilmente sacrificados con el consuelo de ser indulgentes; pero no importa, dejémonos enalbardar, y démosles el pie para que nos monten (perdonen VV. la expresion).

INDULGENCIA con el vecino pacífico que, *piense como quiera*, obedece, calla, no intriga, no conspira, no seduce, no favorece; respétescle. VIRGA FERREA para el que con las armas en la mano ó con hechös ó con palabras, ó de cualquier modo se prueba que conspira contra Isabel y su gobierno. Este es el sistema de Fr. Gerundio; si los señores que nos *desgobiernan* se obstinan en seguir otro, *ya se lo dirán de misas*; lo peor es que á todos nos alcanza el remalazo, y que nos han comprometido á defender hasta sus desaciertos, abusando de nuestra buena fé. Dios se lo per-

done. ¡Ay del día en que nuestros enemigos pudieran decir: «no hay indulto!!!»

El campo de S. Francisco.

Así se llama uno de los principales, mas amenos y concurridos paseos de esta capital. Fr. Gerundio tambien suele asistir á él, como *hombre* y como *periodista*. Como *hombre*, hace ejercicio, habla, mira, se recrea, mas ó menos segun son mas ó menos *recreativos* los objetos que se le presentan á la vista: medita, observa, compara... y aqui entra ya el concepto de *periodista*, segun el cual va echando sus observaciones en la capilla, de donde irán saliendo cuándo y por el orden que á su Paternidad se le ponga en el magin. Y como tiene tambien sus puntas de filósofo, y sus pujillos de político, á veces suele apartar la vista de alguna belleza, no porque le cause disgusto, sino acaso porque no le sea conveniente su detenida contemplacion *y tal y tal y tal*; y comienza á hacer sus reflexiones político-filosófico-morales, y á emitir estas ó semejantes exclamaciones: ¡Válgame Dios, que imagen tan viva ofrece este paseo de lo que ahora está pasando en nuestra España! La naturaleza se

empeña en hacerle hermoso, el terreno es feraz, y el agua, ese admirable y universal nutritivo de las plantas, marcha dócil y en abundancia por do quiera que la mano del jardinero quiere conducirla: es un jardín que la naturaleza convida al hombre á cultivar; pero el hombre parece complacerse en afearle desairando las generosas invitaciones con que le provoca la naturaleza, pues en los fértiles cuadros que forman las hermosas calles de frontales, guarnecidas con guirnaldas de rosas, no sabe sembrar sino alternativamente cebada y patatas, patatas y cebada.

Así la causa de la inocencia y de la libertad es hermosa por su naturaleza, el campo es productivo y férax, y convida á toda clase de mejoras útiles y deliciosas, y la Reina Gobernadora, ese manantial de aguas saludables, capaces de nutrir cuantas plantas conviniese aclimatar en el nuevo vergel, marcha dócil por do quiera que los jardineros le persuaden ser necesaria la vitalidad de su jugo. Pero los mismos cultivadores han afeado sus cuadros con plantas toscas y groseras; han llenado la historia de la hermosa causa de vergonzosos y sangrientos episodios. O Reina! este vergel es digno de otros directores!

Las calles de este paseo no tienen ya arena ni mullido alguno; están tan descarnadas como las arcas del tesoro; se descubren las puntiagudas piedras, como se señalan ya los huesos del esqueleto de nuestra España. Las señoras se lastiman;

se trillan los delicados pies, se quejan á Fr. Gerundio, Fr. Gerundio lo oye con dolor, y siente no poder hacer en su obsequio sino declamar contra quien tenga la culpa de este abandono, solicitando un remedio.

En las orillas de este paseo crece la yerba y la maleza en abundancia, como crecía en los atrios de las universidades, cuando la mano de la Reina corrió los cerrojos que les habia echado el odioso Calomarde. La maleza crece donde no hay cultivo y esmero. En tiempo del despotismo se veían abiertas infinidad de rosas de todas clases y colores, cuya visualidad y fragancia deleitaba á los concurrentes. Ahora apenas apunta un boton, cuando ya es presa de un antojadizo, ó de un atrevido pilluelo; no se puede lograr ver una abierta. Pasan cosas en esta época que hacen á uno acordarse sin horror del tiempo del despotismo. ¡ Vergüenza!!!

Los frutales de este paseo suelen cargarse de fruta, á veces hasta desgajarse con su peso. Su utilidad y provecho no sé quien la percibe: no se vé lucir. Así los pueblos de España destilan á raudales el fruto de sus sudores: ¿pero á quien aprovecha? Acaso á algun vendimiador. ¡ O Reina! sin jardineros cuidadosos se malograrán todos los frutos de la tierra: buscad jardineros que no vendimien para sí, porque sinó la tierra se fatigará y negará sus frutos!—Ob tu, sociedad de amigos del pais, á quien parece que incumbe el cuidado y fomento de este plantel, pesa estas

reflexiones, cultívale con mas esmero y no sufras que avergüence la naturaleza la incuria de los hombres:

Ocupa toda la longitud occidental de este jardin la grande y hermosa fachada de la casa de espósitos. ¡Que contraste! A su frente, en la calle mas inmediata se pasea con soberbia ostentacion el lujo con que uno y otro sexo hace estudio y alarde de ataviarse; la miseria, el hambre, la desnudez está consumiendo, devorando dentro á trescientos desgraciados, hijos de la corrupcion y de la inmoralidad. Las gasas, los tules y las sedas ondean con orgullo por las calles del jardin: ni un triste harapo de estopa se encuentra con que cubrir las tiernas carnes del inocente parvulillo que dentro de la casa de beneficencia parece acusar con su llanto aquella profusion, y que con el lenguaje fuerte de la inocencia, de la miseria y de la horfandad les está diciendo: «contemplad este espantoso cuadro; miradle, y vereis los funestos resultados de vuestros vicios, leed en él, y estremecéos.»

Al norte de este establecimiento de caridad se está construyendo un fuerte muro para ponernos á salvo de una invasion de los enemigos de la libertad; un impuesto en los géneros de consumo costea los gastos de esta obra que reclamaban la necesidad y la justicia: ¿por qué no habia de continuar, concluida que sea esta obra de fortificacion, un impuesto sobre los mismos artículos,

aunque sea en menor cantidad, en favor de aquel
 exhausto establecimiento, hasta que pudiendo ha-
 bilitar sus fábricas y dar fomento á su industria
 interior; tuviese en sí mismo un recurso para sub-
 venir á las necesidades de aquellos infelices des-
 validos? ¡ Cuántas víctimas se podrian libertar de
 la espantosa segur del hambre y la miseria!—
 Fr. Gerundio propone; ojalá estuviera en su mano
 ejecutar!



Si es cosa que han de pasar
 dias, dias y mas dias,
 meses, meses y mas meses,
 años, años y mas años;
 entre sustos y alegrías,
 entre triunfos y reveses,
 entre verdades y engaños,
 siempre en perpetuo recelo,
 siempre en continua ansiedad....

*Hágase tu voluntad
 asi en la tierra como en el cielo.*

Si ha de ser cosa de estar
 echando siempre sermones,

lanzando siempre conjuros,
y fulminando exorcismos,
y han de ser los corazones,
Señor, cada vez mas duros,
y siguen los embolismos;
si en vano, Señor, me muelo
predicando la verdad....

*Hágase tu voluntad
asi en la tierra como en el cielo.*

Si por mágica ó encanto;
ó arte de birli-birloque
se ha de encargar cierto majo
en bolsas; templos y archivos
de dar el último toque
al oro plata y cascajo,
y ha de desollarnos vivos,
y ni á los santos del cielo
les ha de dejar en paz:

*Hágase tu voluntad
asi en la tierra como en el suelo.*

Si es cosa que Fr. Gerundio
por premio de sus paulinas,
y sus fraileseos consejos,
ha de ver las Filipinas,

con su capilla y cordon,
con sus barbas y aparejos,
y su lego motilon
ha de ir haciéndole el duelo....
tengamos conformidad:

*Hágase tu voluntad
asi en la tierra como en el cielo.*



*..... Grand Dieu, qu' ils sont petits!
petits, petits, oui petits, tout petits.*

LE BARDE D' HOLY-ROOD.

¿Y son estos los hombres
que TAN GRANDES, TAN GRANDES nos pintaban,
y cuyos huecos nombres
en Lóndres y París tanto sonaban,
los sabios diplomáticos profundos,
politicos GIGANTES,
que con hombros de Atlantes
pretenden sustentar entrambos mundos?
Ay! qué grandazos
serian allá!

ay que pequeños
van siendo acá!

Gran Dieu, qu' ils sont petits!
petits, petits, oui petits, tout petits.

¿Y es este el Polifemo
de cuyo brazo y bárbara pujanza
se esperó que al extremo
llevase nuestra gloria y bienandanza?
El hombre singular, el que la España
en medio su apretura
al colmo de ventura
ofreció conducir con su artimaña?
Grande es de cuerpo
nadie lo niega;
pero en virtudes.....
en alma y ciencia.....
Gran Dieu, qu' il est petit!
petit, petit, oui petit, tout petit.

Y estos son los Antéos,
los Argos y los Linceos afamados,
y son los Briaréos,
y son los GRANDES hombres aclamados;
por cuya elevacion la España hiciera
tan gran sacudimiento

y con cuyo alzamiento
ventura y libertad medrar creyera?

Si *grandes* los pintaba
la fantasmagoría,

pequeños: muy pequeños

les hallo yo en el día.

petits, petits, oui petits, tout petits.

